

Versaciones de un chupaplumas

Ateniéndose al planteamiento



y que, en consideración al propio planteamiento, yo no debería haber en absoluto comprendido o, por lo menos, haberlo comprendido lo suficientemente mal como para que él tuviera que explicármelo y, yo, bajo el pretexto de estar atento a sus palabras, aprovechar la ocasión para soltar el bolígrafo y olvidarme — o sólo simular olvidar aunque lo hiciera un poco de cualquier manera, porque si total no iba a escribirlo parecía pérdida de tiempo el demorarse en elaborar un olvido en condiciones y bien secuenciado — del manuscrito, y del bocadillo de las once e, incluso, de Camelia o, en su defecto, de la

mismísima Sonia por más esperanzas que yo, o quizás mi amigo (pero eso ya lo concretaríamos en otro momento y en función de cuál de los dos fuese capaz de elaborarla mejor, más convincente y con una fisonomía que se adecuase mejor a su condición de esposa, y madre, y nuera, claro, y quien sabe si hasta, llegado el caso, hermana, o hermanastra, o cuñada si se daba la circunstancia de que, puestos a investigar en antecedentes familiares o en árboles genealógicos, viniese a resultar que Ramírez no fuese hijo único) tuviésemos depositadas en ella y en su, como ella la llamó en cierta ocasión, destartaladísima vida que, en buena lógica, hubiera sido lo más natural del mundo no comprender, pero que, por alguna estúpida razón o porque me pillase cansado y sin reflejos para reaccionar, comprendí absurda e imperdonablemente bien.